

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

Suscripción 6 pesetas anuales.—Año XXII.—Núm. 233.—Enero 1925

EL AÑO SANTO

—¿Porqué se llama *santo* al presente año de 1925?

¿Qué merecimientos ha podido adquirir, aun antes de nacer, para llevar sobrenombre tan honroso?

En estos o parecidos términos se expresaba un condiscipulo mío el otro día en la clase de Religión. El profesor me dió a mí el encargo de contestar a

escandalosamente mutilado sale ahora en PÁGINAS ESCOLARES, Dice así:

Con gran solemnidad fué anunciado el 29 de Mayo de 1924 el Jubileo de gracia para el presente de 1925.

El *primer* año santo fué proclamado en 1300 por el papa Bonifacio VIII, el cual en la Bula que entonces escribió decía a los fieles que al principio



Adoración de los Santos Reyes. Gentil Fabriano. Florencia: Galería Antigua y Moderna.

las preguntas; y yo, ni corto ni perezoso, después de haber leído algunos libros y no pocas revistas, que tratan de *años santos, jubileos e indulgencias*, espigando aquí y *plagiando* allá, escribí un artículo flamante con no sé cuántas figuras de pensamiento y de dicción. Notablemente corregido y

de cada siglo debía concederse indulgencia plenaria y plenísima remisión de todos los pecados a cuantos, arrepentidos y confesados, visitasen devotamente la tumba de San Pedro y San Pablo en la Ciudad Eterna.

Llámase esta gracia «Jubileo» en memoria del

año *Jobel*, establecido por la ley hebraica cada cincuenta años y durante el cual se concedia libertad a los esclavos y los deudores quedaban libres de sus deudas.

El mundo cristiano acogió con tanto entusiasmo la concesión del Año Santo, que algunos escritores contemporáneos del primero aseguran que fueron a Roma en 1300 no menos de dos millones de peregrinos, de modo que el Papa tuvo que encargar a Sicilia el envío de trigo y comprar grande cantidad de vituallas en diversas ciudades con que poder alimentar a tantas multitudes llegadas a la Ciudad pontificia de todas las naciones, con tantas privaciones y sacrificios como suponen los medios de transporte en aquellos tiempos.

El *segundo* Año Santo fué celebrado en 1350, mientras Roma lloraba la ausencia de sus Pontífices, que residían entonces en Aviñón. Sólo habían pasado cincuenta años del Jubileo de Bonifacio VIII; pero Clemente VI, a instigación de los romanos, redujo el término de un Jubileo a otro, porque, como dice en su bula, muy pocas son las personas que vivan cien años y por lo tanto eran muy limitadas las que podían gozar del grande privilegio. A pesar de la ausencia del Papa, la ciudad de Roma vió desde Navidad a Pascua más de un millón de peregrinos, entre los cuales hay que contar a Santa Brígida y a su hija Santa Catalina de Suecia.

Urbano VI, cuya elección originó el funestísimo «Cisma de Occidente», proclamó en 1389 el *tercer* Año Santo, sin esperar a que se cumpliesen los cincuenta del precedente, a fin de procurar por este medio espiritual la unidad de la Iglesia; pero murió aquel mismo año y el Jubileo fué celebrado en 1390 por su sucesor Bonifacio IX, quien también vió el *cuarto* de 1400, que fué ganado por una multitud enorme.

Restablecida la unidad de la Iglesia en el Concilio de Constanza, el Papa Martín V pudo celebrar el *quinto* Año Santo en 1425, y Nicolás V, el *sexto* en 1450. Este último es el más celebre de la Historia por la afluencia enorme de peregrinos, que dió lugar a graves desgracias, como la ocurrida en el puente del Santo Angel, donde murieron doscientas personas, y por la fama de los visitantes entre los cuales mencionaremos al franciscano San Diego y a la agustina Santa Rita de Casia.

Grande fué el concurso que honró en Roma la celebración del *séptimo* Año Santo intimado en 1475 por el Papa franciscano Sixto IV, quien pudo admirar entre los pelegrinos a los reyes de Nápoles, Dinamarca, Chipre y Bosnia; pero su solemnidad fué superada por el *octavo*, que lo anunció para 1500 el Papa Alejandro VI, español. Este pontífice introdujo en el rito la apertura y cierre de la Puerta Santa, ordenando que en basílica de San Pedro—y lo mismo se hizo después en las demás principales—se construyese un ingreso destinado exclusivamente al paso de los peregrinos durante el Año Santo.

Numerosas noticias tenemos del *nono* Año Santo proclamado en 1525 por Clemente VII y al cual restaron tanto concurso las desastrosas doctrinas de la mal llamada Reforma luterana; del *décimo* celebrado en 1550 por Julio III, del cual participaron Santos como Felipe Neri, Ignacio de Loyola y Francisco de Borja; del *undécimo* de 1575, publicado por Gregorio XIII y que vió los santos fervores de Carlos Borromeo y Félix de Cantalicio. Solemnísimos fueron los años Santos de 1600, 1625, 1650, 1675, 1700, 1725, 1750 y 1775, proclamados respectivamente, por Clemente VIII, Urbano VIII, Inocencio X, Clemente X, Inocencio XII, Benedicto XIII, Benedicto XIV y Pío VI.

No fué posible celebrar el Año Santo en 1880 por estar vacante la Sede Apostólica, mientras Europa gemía bajo la terrible crisis provocada por la revolución francesa, y ni tampoco en 1850, cuando Pío IX residía en Gaeta víctima de la República Romana. Celebróse, empero, en 1825, en virtud del breve de León XII, y en 1875, por concesión de Pío IX.

La mayor parte de nuestros lectores recordarán con cuánta solemnidad fué proclamado el Año Santo de 1900, que fué el *vigésimo primero*. León XIII, anciano de noventa años, no se contentó con anunciarlo, sino que indujo a la Cristiandad a que aprovechando tan fausto acontecimiento, se consagrara al Sagrado Corazón, a fin de que en el siglo XX, que iba a empezar, fuese santificado por la sangre divina.

Quiera el Señor que el actual Año Santo sea sumamente venturoso para los fieles de Cristo.



OCURRENCIAS DE UN DEVOTO AL NIÑO JESÚS

El que quiera belleza
Venga a tu rostro;
Quien quiera luz del cielo
Venga a tus ojos.
¡Ay, Niño amado!
Y el que quiera dulzura
Venga a tus labios.

Por el valle de rosas
De tus mejillas,
Corren dos arroyitos
De lagrimitas:
Déjame, deja
Que ellas la sed apaguen
Que me atormenta,

Jesús, tú eres el alma
Del alma mía
Sin tí la luz es sombra,
Muerte la vida.
¡Manso cordero!
Contigo hasta el calvario,
Sin tí, ni al cielo.

En vano te disfrazas
Y escondes, Niño;
Los ángeles del cielo
Te han conocido:
Tan sólo el hombre,
Por más que te descubres,
¡No te conoce!

Son la cruz y el pesebre
De una madera
Con que Dios ha labrado
Todas sus flechas.
¡Ay, prenda mía!
Atraviésame el pecho
Con una astilla.

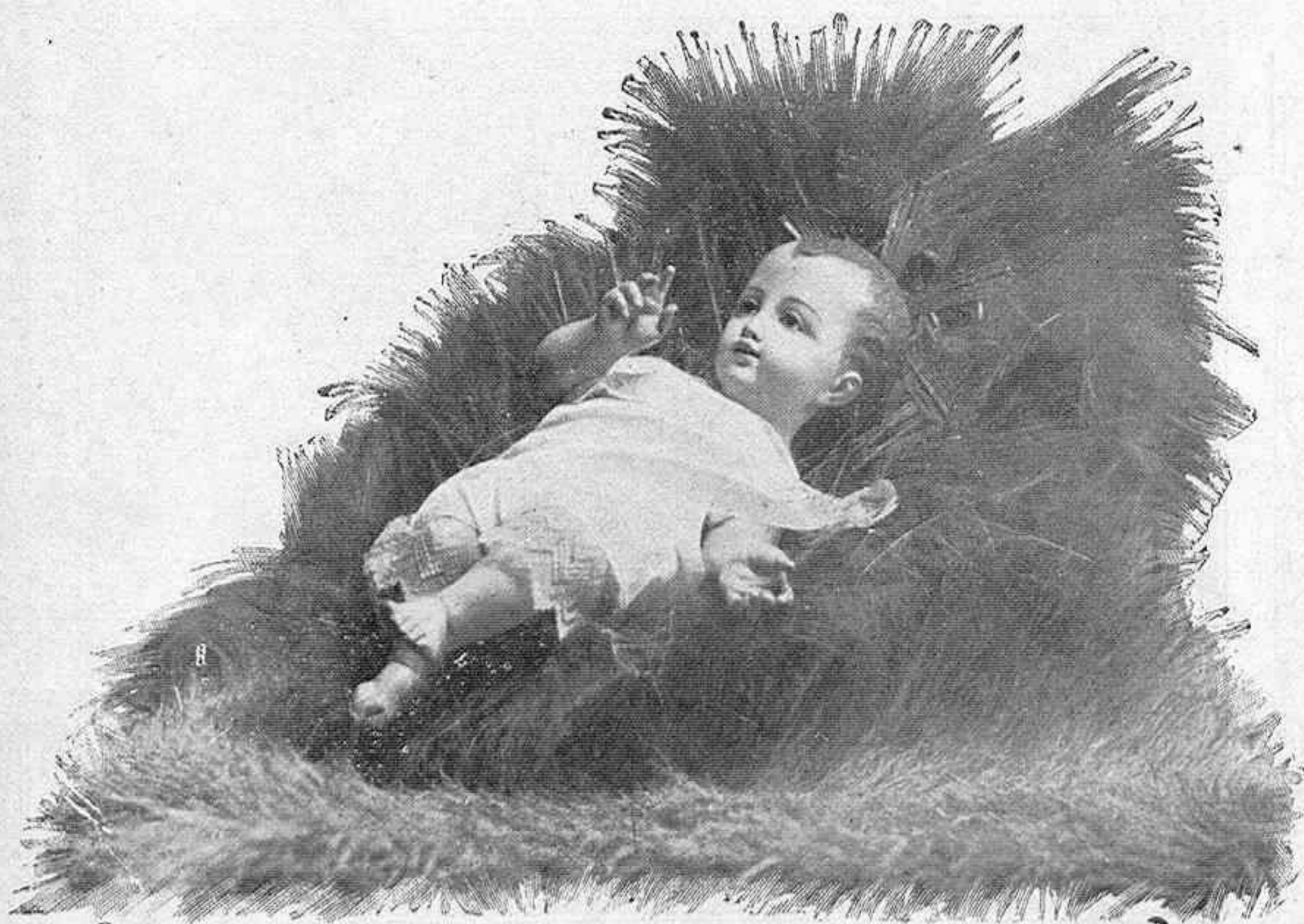
Dormido está mi gloria,
Duerme mi Niño;
Sonríete porque siempre
Sueña conmigo:
¡Conmigo sueña!
¡Sueña que me ama mucho!
¡Bendito sea!

Mil corazones, Niño,
Yo te daría,
Por lograr una sola
De tus caricias.
Mas... miento, ¡miento!
Que el que tengo me pides
Y te lo niego.

Duérmete, Jesús mío,
Duerme en mis brazos;
Y no llores, no llores
Por mis pecados.
Duérmete, duerme,
Y aunque llorar me sientas,
¡No te despiertes!

El Niño, aunque tan Niño,
Dicen que come
Corazoncitos tiernos
De pecadores.
¡Jesús divino!
Aunque está un poco duro,
Toma allá el mío.

P. Julio Alarcón, S. J.



La cama del Niño Jesús

Hermosísima Pastoral

Lo es realmente la que nuestro amadísimo Prelado el Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Oviedo Dr. D. Juan B. Luis y Pérez dirigió en la Fiesta de la Comunión de los Santos de 1924 al Venerable clero y fieles, singularmente a la juventud diocesana.

En ella expone la necesidad de asociarse los jóvenes por razón de su fin, del estado actual de la Sociedad y para su formación y defensa. Traza a continuación los métodos humanos y la pedagogía divina, estableciendo tres etapas: la fe, la piedad, la acción.

Descubre brevemente los peligros que las asociaciones de jóvenes evitan y resuelve algunas dificultades.

A continuación establece cuatro grupos de Asociaciones de jóvenes: La *Adoración nocturna* y los *Jóvenes Tarsicios*, Las de *Estudiantes Católicos*, Las *Juventudes obreras*, Las *Juventudes Agrarias*. Recomienda la Federación de las Asociaciones y termina

consagrándola a Nuestra Señora de Covadonga.

Nada más propio ni más elocuente para los jóvenes que la palabra del Padre sobre todo cuando como ahora les habla al corazón con las palabras más apremiantes y ante la inminencia del peligro.

Nuestro Reverendísimo Prelado con su incansable celo ha visitado pueblo por pueblo su Diócesis, y ha podido mejor que nadie darse cuenta exacta del estado de sus hijos, y como Pastor solícito corre en auxilio de los más necesitados e inexpertos. Estos son sin duda ninguna los jóvenes por quienes todos, a ejemplo de nuestro dignísimo Prelado, nos debemos interesar.

Encarecidamente recomendamos a los lectores de «*Páginas Escolares*» tan interesante Instrucción Pastoral, objeto de merecidas alabanzas en las revistas y periódicos católicos de provincias y de Madrid.

I. E.



La adoración de los pastores. Murillo.]

¿De qué murió San José?

(Continuación)

AL día siguiente de haber Dimas enviado al taller de Nazaret el referido encargo, llegó José de su expedición. Preguntó inmediatamente por el Niño, que a la sazón dormía, (era ya noche avanzada,) y la Virgen le informó del estado de debilidad en que iba cayendo, efecto de la escasa alimentación, a que por aquellos días les obligaba la falta absoluta de recursos y la alarmante carestía de las subsistencias. Pero, a Dios gracias, añadió la Virgen, por ahora el peligro está conjurado; porque ayer mismo vinieron a encargarte un trabajo. Y esto diciendo, le entregó la esquila anónima, en que tal encargo se le hacía.

Sea Dios bendito, dijo el buen carpintero, al oír tan feliz nueva, santiguándose reverente con la tarjeta, que le entregaba su esposa. «Leyóla, o mejor, la deletreó al instante, y no hay que decir que al enterarse de su contenido, palideció como un cadáver. Reservado como era, nada comunicó, por no contristarla, a su esposa. Leyó en el P. La Puente los puntos para la meditación del siguiente día; llegóse luego de puntillas hasta la camita donde descansaba el Niño; rezóle de rodillas un «Padre Nuestro», «Ave María y Gloria», y más muerto que vivo se retiró a su aposento, no a descansar sino a resolver a solas el asunto aquel tan reatrocísimo.

¿Pues no le encargaba que hiciese una cruz como la del Pretorio! Pasó toda la noche pensando; pensando le encontró el nuevo día; pensando en lo mismo se dirigió muy pronto al taller; maquinalmente llevó sus manos a la herramienta, y comenzó a descortezar un tosco tronco de añoso olivo. Pero al reflexionar en lo que se proponía hacer, le asaltó al punto la imagen de la cruz fatal, acordóse de la promesa pocos días antes hecha, repercutieron en sus oídos las últimas palabras del sacristán mayor del Templo, y como si la herramienta que empuñaba y el leño que pulía le abrasasen las manos, lo arrojó todo lejos de sí, y exclamó con resolución: «He dicho que no lo hago y no lo hago».

Pasaron unos días en esta lucha. Por una parte la debilidad del Niño y de la Madre le partía el alma; no había por otra parte más trabajo encargado, ni esperanza de ello

para lo futuro que el que a él tanto le horro-
rizaba. ¿Qué hacer en tal situación? Tal era la preocupación de que hablábamos al principio de esta historia; tal el caso mortal que al pobre carpintero de Nazaret traía tan atrozmente atormentado.

Un día, al volver el Niño de la escuela, extenuado de debilidad y consumido por el hambre, al dar, según en él piadosa costumbre, a sus padres el filial beso de manos, no pudo resistir más su tierna naturaleza, y cayó desfallecido en el regazo de su madre. Aquel fué para el cariñosísimo padre el golpe decisivo. Sí, ya no había que dudar. ¿Iba a dejar morir de hambre al Niño, cuyo cuidado el mismo Dios le había confiado?

Ayudó, pues, a la madre a colocar en su camita al Niño desmayado, y corrió presuroso a sus herramientas y al tronco ya medio desbastado, dispuesto a concluir de una vez su obra. Pero de nuevo se se le ofreció, mejor diremos, se le recrudeció el recuerdo del ajusticiado de Jerusalén; surgió con más viveza que nunca en su espíritu la imagen del Hijo de Dios tal vez crucificado y precisamente en una cruz hecha por él, y empezó a dirigirse a sí mismo esta pregunta, que anegaba su alma en un mar de agobiadora zozobra: «¿Puedo yo ser verdugo de mi hijo? ¿Qué hago, Dios mío?» Y como si el cielo mismo quisiese inspirarle lo que hacer debía, en aquel momento vino a arrojar todo su ser el eco dulcísimo de una voz más que angelical, que entonaba, con dejos y cadencias de cielo, una canción que le traspasaba el alma.

Era la voz de la Virgen Madre, que para adormecer a su Niño le entonaba la canción de otros días, modificada empero por las desgarradoras circunstancias del momento, en esta forma tan tierna a la vez y tan sublime:

A la nanita nana,
Nanita, ea!
Mi Jesús muere de hambre,
Y yo de pena.

— — —
¡Pobre hijito del alma,
Niñito mío;
¿Porqué madre tan pobre
Te has elegido?
¡Tú mueres de hambre
Y contigo, de pena
Muere tu madre!

— — —
¡Vive tú, prenda mía!
¡Muera yo sola!

Mi vida por la tuya
Te doy gustosa.
¿Quieres mi sangre?
Pues, tómla, hijo mío,
¡No mueras de hambre!

El pobre carpintero no pudo resistir más. Cogió con suprema decisión las herramientas y el leño, y en menos de una hora quedó terminada la cruz tan temida. Y como si se lo estuviesen diciendo al oído, al punto entraron cuatro enviados del Pretor; se incautaron del susodicho artefacto, y a Jerusalén se lo llevaron, sin más explicaciones que la amenaza dirigida al carpintero de colgarle de un palo, si volvía a admitir tales encargos.

Pero la Divina Providencia que aprieta a los suyos, mas no los ahoga, vino a remediar aquel apuro atroz, disfrazada en la forma más inverosímil, que mis lectores pueden imaginar, a saber: *en forma de bandido*. Porque apenas habían salido por la puerta principal los esbirros del Pretor, por la accesoria del taller se coló, como Pedro por la suya, sin ceremonias ni avisos previos el mismísimo Dimas en persona.

Dejando a un lado inútiles descripciones acerca de este interesante personaje, sólo diremos de él, para la completa inteligencia de lo que sigue, que hablaba como escribía, o sea, en la media lengua propia de sus ilustres progenitores los gitanos de Egipto, una especie de caló gitano-chulesco, equivalente al que aún hoy hablan en España, para gloria de las patrias letras, nuestros nunca suficientemente ponderados héroes de

coleta y nuestros atildadísimos clásicos de Lavapiés y Triana: «A la pá e Dió maeztro» dijo al entrar.—«Dios sea contigo, hermano».

—Zupongo que estará ya terminao mi encarguito.

—Sí, hoy mismo lo terminé, pero acaban de llevársele a Jerusalén unos criados del Excmo. Sr. Pretor, que Dios guarde.

—Ah güeno; puez lo que ez por ahí naita ze ha perdío. Precisamente lo tenía yo que

yevá ayí, con que eze trabajo me ahorran. Por zupuesto, ¿ze lo habrá pagau a usté bien su Excelencia?

Y como el atribulado carpintero le indicase que ni bien ni mal, el generoso ladrón replicó: «¡Habráse visto ladrón!» Y tirando con todo el rumbo sobre el banco carpinteril un puñado de monedas de plata, le dijo: «Ahí va, maeztro; pa tabaco» y luego incontinenti, girando graciosamente sobre los talones se disponía a salir, cuando de repente le sorprendió la aparición del Niño, que vuelto en sí de su desmayo, de la mano de su madre salía a entretenerse con las



La Virgen adorando a su divino Hijo. El Correggio

virutas del taller: «Jezú... qué niño tan rezalao!» exclamó al verle el ladrón. Si paeze la gloria e Dió en meniatura. Bendita zia tu mare. ¿Cómo te yama, prenda? «Jesús», respondió el Niño con voz desfallecida. «¡Jezú, que nombre tan repreciosísimo! Y que a la criaturita le cae de perliyás! ¡Pueh, ahí ez ná, lo chochiyo que estará con ezte nene zu agüelito!»

M. Domínguez, S. J.

(Concluirá)

La mejor Marca



de Automóviles

MODELO 501.—4/5 plazas

TIPO «TORPEDO» DE LUJO	PESETAS	10.250
» «BERLINA»	»	14.000

MODELO 505.—6/7 plazas

TIPO «TORPEDO» DE LUJO	PESETAS	17.000
» «LIMOUSINE»	»	21.500

MODELOS 510 Y 519.—SEIS cilindros

PÍDANSE PRECIOS

AGENCIA EXCLUSIVA PARA ASTURIAS

GARAGE ESPAÑA

OVIEDO

Accesorios para toda clase de Automóviles y Camiones

Stock de BANDAJES DUNLOP

Colocación GRATIS

VENTA DE GASOLINA Y ACEITES

RECUERDOS DE CARRIÓN

LA FUERZA DEL P. QUEVEDO

ENTRE los recuerdos de aquellos tiempos ocupa un lugar muy importante la figura del inolvidable profesor de Historia Universal, o sea, del famoso Padre Quevedo, de grata memoria, de hercúleas fuerzas y de gran *popularidad* entre los alumnos de San Zoil.

Era el P. Quevedo pequeño de estatura, ancho de hombros, corto de cuello, risueño de semblante y forzado en extremo: En cuanto a esto de la fuerza, sobre todo, gozaba entre nosotros de una fama tal vez exagerada, que rayaba ya en el terreno de lo fantástico. Era como si dijéramos, el Sansón del Colegio. Basta decir que los colegiales para ponderar la fuerza de cualquiera persona, solíamos decir:

—¿Quién? ¿Ese? ¡Puede que tenga tanta fuerza como el P. Quevedo!

Entre nosotros se contaban de él varias historias semifantásticas, acerca de cuya veracidad yo no puedo hacer afirmaciones absolutas.

Se decía que en cierto ocasión había luchado con un oso, cuerpo a cuerpo, y que, por supuesto, nuestro P. Quevedo había vencido al plantígrado. Se daba también como un hecho cierto que dicho Padre había soportado sobre sus hombros una de las vigas del cobertizo del patio de la segunda división, cuando aquél se desmoronó en el año 83, y que aguantando durante largo rato el peso de la techumbre, dió lugar a que muchos colegiales se pusieran a salvo del peligro. No faltaba tampoco entre nosotros quien decía que el P. Quevedo sostenía a pulso, con el brazo extendido, una pesa de cien kilos.

Cuando nuestro profesor de Historia pasaba por alguno de los patios, corríamos hacia él con el balón en las manos y poniéndolo en las suyas exclamábamos:

—¡Padre Quevedo: un boleol!

—¡Dejadme, niños, que estoy muy ocupado! ¡Tengo mucha prisa!

—¡Padre! ¡Por Dios: un boleol nada más!

—¡Bueno; allá vá!... Pero nada más que uno ¿eh?

—¡Quitarse, quitarse de ahí!—prorrumpíamos nosotros, dirigiéndonos a los demás compañeros, a fin de que el P. Quevedo no encontrase esrtorbo alguno en su operación.

El P. Quevedo, entonces, cogía el proyectil, daba dos pasos hacia atrás, enarcaba las cejas, levantaba los hombros, lanzaba suavemen-

te el balón a los aires, y al bajar le daba tremendo golpe con el brazo derecho.

El P. Quevedo, a impulsos de la fuerza por él desarrollada, daba, sin querer, una vuelta sobre los pies, en tanto que el balón subía con inusitado ímpetu en medio de las exclamaciones y aplausos de los concurrentes.

—¡Bravo, sublime... atroz!—gritaban éstos.

A unos nos parecía que el balón había traspuesto las nubes y a otros se les figuraba que había remontado la flecha del campanario.

El P. Quevedo, sonriente, daba media vuelta, tomaba un polvo de rapé y, a paso largo, se separaba de sus admiradores.

—¡Otro, otro boleol!—insistían éstos.

El hercúleo Padre, sin volver la cabeza siquiera, desaparecía de entre nosotros, haciendo con la mano señas segativas.

Tanto como tenía el P. Quevedo de afable y campechano en las horas de recreo, lo tenía de rígido y austero en su clase de Historia Universal.

¡Hay de quien no supiese la lección!

De la misma manera que el famoso romano Appio Claudio se vanagloriaba de conocer por sus nombres, sin necesidad de nomenclator, a todos los ciudadanos, así el P. Quevedo se jactaba de conocer los nombres y apellidos y hasta el pueblo de cada uno de sus discípulos. Hasta los padres de éstos conocía por sus nombres. Tenía memoria prodigiosa.

Llegaba nuestro profesor a la clase, subía a la tribuna, examinaba el programa y echaba una ojeada a los discípulos, los cuales ante la escrutadora mirada del P. Quevedo, temblaban y bajaban la vista.

—¡Vamos a ver—prorrumpía aquel....—D. Faustino Alvarez y Fernández: ¿Sería usted tan amable que nos dijese la lección de hoy?

Don Faustino se levantaba de su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando hacia el suelo. ¡Parecía un Santo!

—Vamos a ver, don Faustino, tenga usted la bondad de comenzar.

Debemos de advertir que esto del *Don*, antepuesto *recalcadamente* al nombre del alumno, era algo sospechoso.

Sigamos. Después de un ligero carraspeo, comenzó nuestro compañero:

—«El lujo y la molicie reinaban en los ejércitos romanos y la disciplina carecía de vigor...»

—Adelante. ¡Muy bien!—exclamaba el profesor—¡Siga V.!

—El lujo y la molicia—volvía a repetir Faustino, rascándose la mejilla derecha, bajando la cabeza y picando al compañero de al la-

do para que le apuntase alguna idea—....El lujo y la molicie reinaban en los ejércitos romanos.

—¡Bueno, D. Faustino, bueno! Y qué pasó después de tanto lujo y de tanta molicie?—insistía el P. Quevedo, abriendo la puerta de la tribuna y disponiéndose a descender.

Faustino, al ver la actitud del profesor, no muy tranquilizadora, trató de continuar y dijo:

—«Spartaco quiso acercarse a Sicilia y encontró en el estrecho unos piratas, con quienes trató del transporte de dos mil soldados;... pero los piratas... pero los piratas...»

—Veamos lo que hicieron los piratas—insistió el P. Quevedo, fuera ya de la tribuna, y colocándose frente a frente del pobre Faustino.

A éste se le puso un nudo en la garganta... y atrancó por completo.

—¡Póngase usted de rodillas, Sr. Alvarez!—gritó el Padre.

Obedeció el alumno. El Padre Quevedo le miraba de hito en hito. Faustino temblaba; y en aquel instante acudía a su memoria lo de la lucha del P. Quevedo con el oso.

—¿Qué ha hecho usted hoy en el estudio? ¿Qué ha aprendido usted? ¿Porqué no sabe la lección?

—¡Si la sé, Padre, ¡Es que me acelerol!

—¡Bueno, pues dígala!

Y Faustino volvió otra vez con aquello de «el lujo y la molicie reinaban en los ejércitos romanos...»

En aquel momento el P. Quevedo levantó el brazo derecho para espantar una mosca, que le estaba molestando, y Faustino, creyendo que se trataba *de otra cosa*, inclinóse hacia el suelo para librar el bulto.

—¡Levántese usted!—agregó el P. Quevedo—y durante el recreo me estudiará usted la lección. Ya vendré yo por el patio a enterarme de eso del «lujo y la molicie de los ejércitos romanos y de lo de los piratas que encontró Spartaco en el estrecho.» ¡Estamos muy mal, Don Faustino; pero muy mal! Hace ya



Un descanso en la huida a Egipto. Barocci. Roma: Academia de San Lucas.

tiempo que me ha escrito su papá D. Generoso y....

Un ligero rumor de risas resonó en la clase. —¿De qué se ríen ustedes? gritó el P. Quevedo.

—Es que no se llama Generoso mi papá sino Sinforoso—contestó tímidamente Faustino.

—Bueno: es igual—insistió el P. Quevedo.—Hace tiempo que me escribió D. Sinforoso, preguntándome por su aprovechamiento y siento tener que decirle a su papá que no sabe usted una palabra.

Faustino volvió a ocupar su asiento, restregándose los ojos con el pañuelo.

....Fué aquel día aciago para nosotros. Tras de Faustino caimos unos cuantos. La lec-

ción de Spartaco se nos había atravesado y hubo unas cuantas bajas en las meriendas.

Volvió el P. Quevedo a ocupar la tribuna y con gran satisfacción de nuestra parte, señaló para el día siguiente la misma lección. Y para su mejor inteligencia nos la explicó con toda calma. Nos describió con sus pelos y señales lo de la sublevación de los esclavos, a cuyo frente se había puesto el famoso Spartaco, y nos pintó con vivos colores a este personaje, ponderando su valor, su ingenio, su intrepidez y su fuerza. Y terminó diciendo:

—¿Hay alguno que tenga que hacer preguntas o esclarecer dudas?

Uno de los alumnos más chiquitines de la clase (cuyo nombre no recuerdo) levantó el dedo, y el P. Quevedo exclamó:

—Veamos qué dudas son esas:

—Pues son—replicó el alumno—que quisiera saber si Spartaco tendría fuerza bastante para pelearse, como hizo usted, con un oso y para derribarlo al suelo.

—¡Esas son preguntas impertinentes! Nada nos dice la historia sobre ese particular.

En esto sonó la campana, llamándonos a merendar. Se rezó la oración de costumbre y el P. Quevedo, sonriente y benévolo exclamó:

—¡Por hoy todos perdonados!

Al día siguiente Faustino y todos en general supimos la lección admirablemente, gracias al poderoso ascendiente que ejercía sobre nosotros el profesor de Historia Universal.

¡Vaya si tenía fuerza el P. Quevedo!

Jesús G. Robés.

LA TELEVISION

Desde mi mesa de estudio, sin más que echar mano al teléfono, oigo hablar al amigo que vive en Oviedo, lo mismo que si estuviéramos mano a mano en el gabinete. ¿No será posible verle, al mismo tiempo que le oigo?

Suponed, Fig. que en una habitación, alumbrada por luz de un solo color, roja por ejemplo, una lente proyecta la imagen de vuestro amigo sobre una pantalla.—Bien, y ¿qué?—pues que esa imagen está formada por una infinidad de puntos, oscuros unos y brillantes otros, agrupados de modo que reproducen las facciones y perfil de vuestro amigo. Si por un mecanismo cualquiera consiguiéramos formar al mismo tiempo en vuestro gabinete sobre otra pantalla una serie igual de puntos, igualmente brillantes u oscuros e igualmente distribui-

dos, contemplaríais indudablemente una imagen del amigo, reproducción de la primera. En otros términos tendríais delante un retrato del amigo, aunque de segunda mano.—Pero a él ¿se le podría ver? eso, no.—Pues entonces; para ese viaje no necesitamos alforjas! Con pedirle un retrato, están demás lentes y pantallas.

Vamos paso a paso. En primer lugar os advierto que tampoco con el teléfono oís las mismas palabras, que vuestro amigo pronuncia, sino una reproducción, eso sí, tan perfecta, que os hacéis la ilusión de que le estáis oyendo a él inmediatamente. ¿Y quién os ha dicho que con la imagen obtenida por el procedimiento indicado no ocurrirá cosa semejante? Porque en efecto, si la figura obtenida es de tamaño natural y de mucho relieve, si se la ve moverse y se escucha la voz conocida del amigo, la ilusión de estarle viendo a él, será completa, mayormente el día en que la imagen no sólo reproduzca la forma, sino también los colores del original.

El problema de la televisión se reduce, por tanto, a obtener desde largas distancias y a través de los obstáculos infranqueables a la luz, una imagen exacta del original en cada momento, sean cualesquiera sus movimientos y postura. Mirando un espejo desde punto conveniente, contempláis a vuestro sabor una persona situada en el campo de aquél; pues lo mismo se pretende conseguir mirando la pantalla receptora.

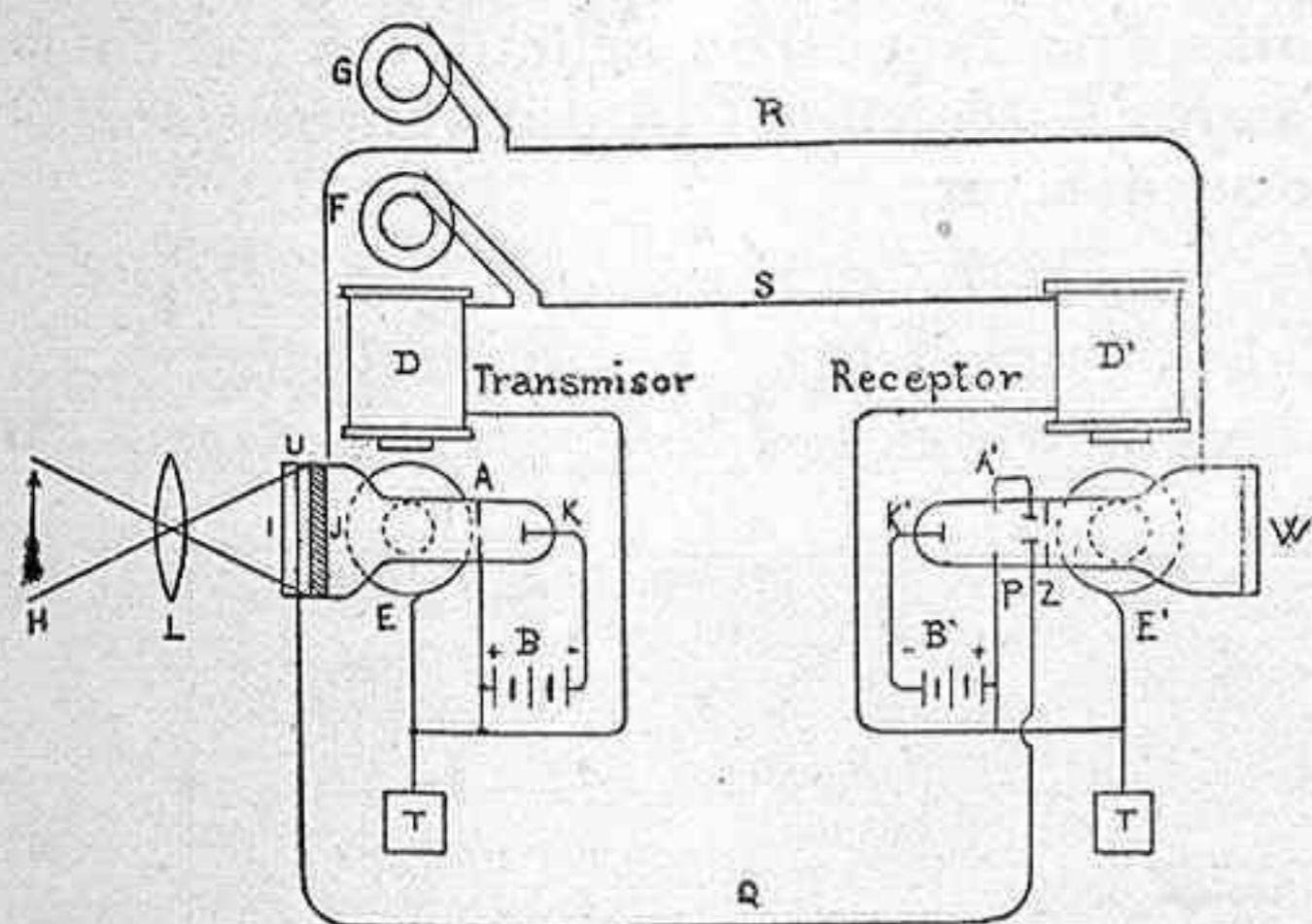
—¿Y es esto posible a centenares, a miles de kilómetros? por qué procedimiento?—

Lo primero en que tenemos que pensar es en obtener sobre la pantalla receptora y a la vez tantos puntos luminosos como tiene la imagen en la trasmisora.—Eso es evidente.—Al menos así lo parece y así lo sería, si nuestra retina no conservase las impresiones luminosas durante 0,1 de segundo. Basta pues que un rayo luminoso alumbre todos esos puntos sucesivamente, pero en menos de 0,1 de segundo, para que nosotros los veamos todos iluminados a la vez.—Perfectamente; más ¿cómo se efectúa el milagro?—Imaginaos un tubo de vacío, Fig. en que el cátodo k' lanza un haz de rayos catódicos a través de un orificio A' abierto en el anodo, haz que hace fosforecer la pantalla de willemita W. El tubo se aloja entre dos electroimanes, vertical el uno D' y horizontal el otro E', por los que circulan sen-

das corrientes alternas, con la diferencia de que la que circula por el vertical es de 10 períodos por segundo y la que por el horizontal de 1.000. Ahora bien, el haz catódico es sumamente sensible al electroimán, el polo sur le atrae y el norte le repele. A no disponer sino el electroimán D' , el haz recorrería una línea vertical y siempre la misma 10 veces por segundo; pues otras tantas se forma en el extremo del electro más próximo al tubo un polo norte y un polo sur. Por la misma razón, de actuar solo el electro E' , el haz describiría una misma línea horizontal 1.000 veces por segundo.

Bajo la acción de ambos electroimanes el haz en cada 0,1 de segundo describe una línea vertical y 100 horizontales, o mejor dicho, describe en zig zag una línea quebrada con 100 trazos horizontales, siendo la distancia entre los comienzos del primero y del último igual a la línea vertical descrita por el haz, de actuar sólo el electro D' .

Los trazos horizontales están suficientemente juntos para cubrir, al menos en apariencia toda la parte de la pantalla com-



prendida entre el primero y el último. Para ello basta que por milímetro haya más de 14 trazos; pues cuando la distancia entre dos consecutivos es inferior a 0,07 mm., la vista normal no los resuelve, si no que los percibe como uno solo. Si se quiere hacer la imagen más grande, se aumenta la intensidad de la corriente en el electro vertical, y la intensidad y la frecuencia en el horizontal. Así la imagen es más grande y a la vez tan continua como antes.

La parte más delicada del problema consiste en conseguir que a cada punto de la imagen transmitida corresponda otro de igual intensidad relativa y simétricamente colocado en la pantalla W ; pues eso es lo que constituye la reproducción exacta de

la primera imagen. ¿Cómo ingeniarnos para que el haz de rayos catódicos sea intenso, cuando cae sobre un punto de la segunda pantalla correspondiente a un punto muy iluminado de la primera imagen, y por tanto del objeto, y más débil y aun nulo, cuando a un punto oscuro?

La pantalla J sobre que hemos lanzado la imagen del objeto B mediante la lente L , no es un pedazo vulgar de tela, sino un mosaico formado por diminutos cubos de rubidio, eléctricamente aislados entre sí. Sobre la misma pantalla cae un haz de rayos catódicos producidos en idénticas condiciones que en el receptor. Al chocar el haz con un cubito de rubidio, le carga de electricidad negativa, y propiedad curiosa, esencial en la materia que ahora tratamos; si ese cubito está en sombra, es decir, si sobre él cae un punto oscuro de la imagen, conserva su carga o más bien la disipa lentamente por el tubo sin efecto sensible; en cambio, si el cubito está iluminado o corresponde a un punto luminoso, se descarga instantáneamente. —¿Cómo así?—pues porque entre la pantalla de rubidio J y la base del tubo I hay un espacio incomunicado con el resto, lleno de vapor de sodio, que tiene la curiosa propiedad de ionizarse con la luz y no con la oscuridad, y más cuanto más luz haya. Ahora bien, en la proximidad de los cubos iluminados, el vapor está iluminado y por tanto ionizado; sus iones positivos son atraídos por las cargas negativas del cubito, que se descarga, los iones negativos son repelidos y caen sobre una regilla metálica U , que cargan de electricidad negativa.

Esa carga es pequeñísima, insignificante y sin embargo juega un papel importantísimo, como que ella es la encargada de hacer que el haz catódico del receptor ilumine mucho el punto sobre que cae en aquel instante. El modo es por demás sencillo e ingenioso. El haz catódico del receptor no penetra de suyo por la abertura Z , sino que cae más abajo. Ahora bien, la electricidad comunicada a la malla U pasa por un hilo Q a la placa P del receptor. Como los rayos catódicos llevan también electricidad negativa, son repelidos por la placa más o menos según la carga que tenga y entran más o menos por la abertura Z y más o menos iluminan el punto de la pantalla donde caen. He aquí cómo al herir el haz catódico del transmisor un punto luminoso de la imagen, en el receptor raya un punto luminoso

y al mismo tiempo; pues todos esos fenómenos son rapidísimos, instantáneos prácticamente. La placa P se descarga a través del tubo por otra igual, que comunica con tierra, T.

Aún falta por ver cómo puntos igualmente iluminados en ambas pantallas están simétricamente colocados, requisito indispensable de todo punto, para que la segunda imagen sea una reproducción exacta de la primera.

El haz de rayos del trasmisor está sometido a la acción de otros dos electroimanes, vertical el uno D y horizontal el otro E, en todo iguales a los del receptor, y activados por corrientes de igual número de períodos, como que es la mismísima la que circula por los dos electros verticales, y la misma también la que recorre los dos horizontales, procedentes la primera del alternador F. y la segunda del G. El sincronismo de ambos haces de rayos catódicos es perfecto, a la vez comienzan su trazado, a la vez le acaban y a la vez se hallan en puntos simétricos.

Cuanto el haz catódico sea más delgado, más diminutos los cubos de rubidio, y mayor la frecuencia de la corriente que activa el electro horizontal, más reducido será el

punto luminoso y más limpia y definida la la imagen...

Tal es el sistema propuesto por el señor Cambell Swinton de la Radio Society de Inglaterra. Aun no ha salido del laboratorio; pero ofrece grandes seguridades de resultado práctico. Actuada la televisión con hilos, la televisión sin ellos no ofrece dificultad mayor, y el mismo Cambell ha ideado una nueva disposición para ello, que por brevedad omito, y obtenida la imagen con claros y oscuros, pronto se obtendrá del color natural. Todo se reduce a unas cuantas dificultades técnicas puramente y en la técnica como en la vida—«Labor omnia vincit improbus»: Nada al rudo trabajo se resiste.

Jaime M.^a del Barrio, S. J.

«EL SIGLO XX»

BAZAR de confecciones para hombre y niño; casa especial en trajes, gabardinas, impermeables, camisas, medias Sport, y otros artículos para colegiales.—SASTRERÍA con famoso cortador, etc., etc.

San Bernardo, 45.—Teléfono, 305.—GIJÓN



Una puesta del sol en el mar

GRANDES ALMACENES

"EL ÁGUILA"

San Bernardo, 31**GIJON**

SUCURSALES:

Madrid, Alicante, Bilbao, Cádiz, Cartagena, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander, Sevilla, Valencia, Valladolid, Zaragoza y Almería.

Ropas confeccionadas para caballero, señora, niño y niña

Peletería, Gorras, Sombreros, Mantas de viaje, Paraguas, Leggings, Calcetines, Corbatas, Pañuelos, Fajas, Tirantes, etc, etc.

EQUIPOS PARA FOOT-BALL

Jersey en clase superior en colores lisos y todas las combinaciones listados a Ptas.....	5,25 a 6,50
Rodilleras inglesas de...	9,00 a 15,00
Defensas de.....	1,25 a 3,10
Medias con pie.....	3,50
Id. sin pie.....	1,90 a 3,25
Borcegués cuero cromado	12,10 a 15,00
Id. ternera engrasada	15,00 a 22,00

Balones, Vejigas, Bombas, Guantes para Portero, Chaquetas lisadas para Arbitros, Silbato, Maletines de lona etc., etc.

ARTICULOS PARA TENNIS

CASA PREDILECTA PARA EL COLEGIAL

Trajes confeccionados para niños de 10 a 15 años, de Vicuña Cheviot o Estambre azul, negro y colores de Pesetas..... 32 a 79

Gabanes superiores de gamuza, méltón, cheviot etc., etc.; gran variedad de formas y clases para jovencitos de 10 a 15 años, de Pesetas..... 20 a 64

Trajes a medida en variedad de clases. Hechura irrepochable. Precios económicos.

Chalecos punto lana a 9,50.

Delantales, Guardapolvos, Jerseys, Cinturones, Calcetines, Tirantes, etc., etc.

PRECIO FIJO

VENTAS AL CONTADO

¿Natación y en invierno?

En el reloj de péndulo, que adorna la pared, dan las once pausada y sonoramente. Estoy terminando de desayunar... Me asomo al balcón y al ver el cielo sin nubes y al astro rey brillando esplendoroso en el horizonte, me digo a mí mismo, rebotando de gozo y alegría: «¡Magnífico, sublime!» Como estamos en Diciembre, me pongo el gabán, me calo el flexible y andando...

Ya en la calle me encuentro con el simpático Auriol, el cual, al verme a aquellas horas, exclama estupefacto:

—¿Pero, tú por aquí? ¡Vaya pirata!

—No, hombre; no. No me llames pirata; estoy aquí legítimamente. ¿No sabes que hoy tenemos vacación libre?

—¡Vacación libre! ¡Santa palabra para el estudiante! Estás, pues, de enhorabuena.

Ni más ni menos, chico, y con muchas ganas de descanso y divertirme, (santamente por supuesto,) Pero, dime: a dónde ibas tan de prisa?

—Pues a nuestro amado Colegio de la Inmaculada.

—¿Pensabas acaso asistir con los de 5.º año a la amena e interesante clase de literatura?

—¡Ca, hombre! Esos tiempos desgraciadamente pasaron, para no volver.

—Explicate, pues.

—Verás, Luisón. El año pasado escribí varios artículos sobre natación, que el antiguo Director me los publicó en PÁGINAS ESCOLARES, y voy a ver si el nuevo Director es tan amable como el antiguo.

—¿Te refieres al R. P. Barbero? Ya puedes estar seguro del éxito feliz de tu visita, pues a galante y complaciente con todo el mundo no hay quien le gane. ¿Se puede saber de qué trata el artículo que le llevas?

—¿De qué ha de tratar siendo mío, sino de natación, que es, como si dijéramos, el ramo en que he procurado *especializarme*.

—Pero, chico, ¿a quién se le ocurre? ¡Ponerte a escribir de natación en pleno invierno, cuando sólo el nombrar el agua causa escalafrios! ¿Quién va a leer tu ar-

tículo, sin helarse de pies a cabeza? Habla y escribe en verano cuanto quieras sobre natación. Ya sabes lo que dice el refrán: «cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento». Vamos a dar una vuelta por la calle Corrida... ¿Y qué pensabas decir sobre tu deporte favorito?

—Me proponía referir el incremento que ha ido tomando este ejercicio durante los últimos años, aun en provincias que hasta hace poco lo desconocían por completo. Hablaba de los tres clubs federados, uno de los cuales es el Club-Natación-Gijón, Campeón de Asturias-Cantabria...

Sin darnos apenas cuenta atravesamos la calle Corrida y llegamos al muelle. ¡Qué animación y qué bullicio en las operaciones de embarque y desembarque! A todo esto, mi buen amigo seguía perorando sobre su deporte favorito, y de la excursión de los gijoneses a la capital de la Montaña y del encuentro victorioso que tuvieron allí con los de Bilbao.

Por último, me habló de la prueba Gijón-Musel, la clásica y monumental prueba, como mi amigo la llama, pues es una de las más largas y peligrosas, por las muchas corrientes que hay. El record, como ahora se dice, de tan importante prueba lo ha batido el gijonés Luis Alvargonzález, efectuando el recorrido de cuatro kilómetros en 46 minutos y 33 segundos...

Nos levantamos y emprendimos la vuelta por la calle Corrida. Aconsejé a mi amigo que echase al cesto los papeles sobre natación, y a la una y media entraba en mi casa. Al caer de rodillas para rezar el *Angelus* ante una imagen de los dolores, olvidado por completo de cuanto había visto y oído aquella mañana, me pareció que la Virgen me hablaba al corazón y en él imprimía con caracteres de fuego esta sentencia:

Si quieres que tu pecho goce en calma,
Si quieres conservar en tu fervor
De la virtud la palma,
¡Ah, no ames el placer que mancha el alma!
Angel, ¡ama el dolor!

Luis Suárez del Villar

alumno de literatura

DIARIO DEL COLEGIO

14 de Noviembre.—La última de las cuatro composiciones para los premios. Algunos de 4.º año me acaban de decir que hicieron la composición de Preceptiva literaria para matrícula de honor. Otros, en cambio, la habrán hecho para matrícula de *horror*.

16, Domingo. Por la tarde vamos los aficionados al partido «Sporting-Stadium». En el primer tiempo nos aburríamos soberanamente. Un chusco decía que no había derecho para abusar del público, jugando con tan poco interés, y que le devolviesen el dinero. La segunda parte ya fué otra cosa, habiendo momentos de verdadera emoción. El encuentro terminó con la victoria del Sporting por 1-0.

A las seis y media tuvieron los Benja-



¡Jesús mío, haz que ame la cruz, como tú la amaste!

mines del colegio en el salón de visitas una interesante velada literario-musical en honor de su Patrono San Estanislao. Allí lucieron sus habilidades declamatorias entre otros Víctor Fernández, Manuel Celorio, Angel Sarabia y Germán Carús. Pasamos un rato muy entretenido y alegre. ¡Bien, muy bien por los simpáticos declamadores! A continuación en la iglesia, y expuesto el Santísimo, el R. P. Barbero proclamó los nombres de las Juntas Directivas de las dos Congregaciones Marianas y del Apostolado.

Nuestra más entusiasta enhorabuena a los Prefectos D. José Junquera, D. Víctor Fernández y D. Francisco Primo Sánchez.

17-21.—Estos días está muy animada la enfermería, no por los enfermos, que no los hay, sino por los sanos que van a vacunarse. ¡Qué caras ponen algunos, al ver delante de sí al doctor, armado de lanceta, más terrible que espada de dos filos! ¡Qué bracitos enseñaba al doctor el Sr. Cancienes! ¡Parecían columnas salomónicas!

Se me olvidaba decir que en la sesión ordinaria de la Academia Científica del 20 Ignacio Soto y Enrique S. Fierro se perdieron de vista. El discurso de José Junquera estuvo a la altura del siglo XX. ¡Si parecía un Aparisi o un Donoso Cortés! El P. Barrio nos habló al final sobre la elección de carrera, tema interesantísimo para los de 5.º y 6.º año.

22.—Santa Cecilia, patrona de los músicos. Estos lo han pasado muy bien. ¡Oh, quién fuese músico el día de Santa Cecilia!

23, Domingo.—Tiene lugar en el salón de actos la solemne distribución de premios y proclamación de dignidades. La parte literaria estuvo a cargo de los académicos del P. Barbero. En un discurso y cinco composiciones nos dieron a conocer al notable escritor P. Julio Alarcón, S. J. La orquesta lo hizo muy bien. Los declamadores estuvieron a grande altura, sobresaliendo entre todos Rafael G. Quirós y Alejandro Blanco. Fué agraciado con la primera dignidad del colegio D. Francisco Primo Sánchez. Nuestra más sincera enhorabuena, así como a todos los demás miembros del *nuevo Directorio*.

26.—Vacación libre para los externos y día de campo o vacación completa para los internos. Los de la 1.ª División fueron a Candás. Como en el Musel perdieron el tranvía, la mitad de ellos optaron por ir a pie, y la otra mitad en el coche de San Francisco. Menos mal que al final de la jor-



José Luis Gómez, Congregante de San Estanislao de la Coruña.

nada el simpático Alfageme y el no menos simpático Prendes les tenían preparada una abundante y suculenta merienda, *sólida, líquida y gaseosa*, a nuestros cansados peregrinos!

27.—Jueves. Por la tarde amistoso partido entre los antiguos y actuales alumnos. Los que más se lucen, a mi juicio, son Pichichi y Suárez del Villar, que *chutan* mucho y bien. Areces y Junquera, como defensas, son insustituibles. Ganaron los actuales por 4 a 2.

29.—Empieza la novena de la Inmaculada con la solemnidad y el fervor de siempre.

4, de Diciembre.—Los de la Academia Literaria en vez del acto ordinario, que por

ser jueves nos correspondía tener de 7 a 8 de la noche, vamos a la parroquia de San Lorenzo a oír un sermón predicado por el P. Máximo Soto.

5.— Los afortunados que tomaron parte en la academia del 23 del pasado mes son obsequiados por el P. Barbero con un paseo extraordinario al Musel y una merienda también *extraordinaria*. Eso y mucho más merecen por su abnegación, pues con el fin de no perder ni unos minutos siquiera de estudio, todos los ensayos los hacían durante los recreos.

8.—La Inmaculada, patrona del colegio. Para mí este día es el más alegre y regocijado de todo el curso, ¡Qué despertar más alegre a los alegres acordes de la banda del colegio! La misa de comunión general y



Manuel Ojea, Congregante de San Estanislao de la Coruña

primera comunión de 12 angelitos de Preparatoria; la solemne, cantada magistralmente por los alumnos; la animación y algazara en los patios y corredores; el ruido tan atrayente de las bombas, cohetes y petardos; el opípero banquete que nos recuerda las famosas bodas de Camacho; la función religiosa de la tarde con el precioso y elegante panegírico que sobre la Inmaculada pronuncia el P. Barric, y la tierna y conmovedora escena de la renovación de las promesas del bautismo por los 12 alumnos de 1.^a comunión, amañados por su Director el P. Barbero; la ordenada y devota procesión por los corredores del jardín, con la imagen de la Purísima, y las banderas y los estandartes y las luces y la banda y los cánticos y la muchedumbre de fieles y los fuegos artificiales y un no sé qué de satisfacción, bienestar y alegría, que flota en el ambiente, y penetra hasta lo más recóndito del corazón; todo, en fin, contribuye a hacer de esta simpática fiesta uno de los días de más dulces y gratos recuerdos del año.

Al Sr. Infante la más entusiasta felicitación de parte de todos los alumnos, por lo *requetebién* que desempeñó su cometido, como hábil pirotécnico y diligente maestra sala del comedor.

9-13.—Hacemos las composiciones para los premios cuya distribución solemne será el 22. ¡Cómo estudiamos estos días! Yo creo que hasta los Moinas y Lavanderas llevarán *uno* en aplicación!

14.—A las cinco y media de la tarde los de la Academia Científica nos entretienen, hablándonos de los progresos de la telefonía. Nuestra enhorabuena a los que tomaron parte en el acto.

Advertencia a los antiguos alumnos

Como el 21 de diciembre, día en que celebran los antiguos alumnos su asamblea anual, se estaba ya imprimiendo el número de «*Páginas Escolares*» correspondiente al mes de Enero, en el próximo número, Dios mediante, hablaremos de tan simpática reunión.

El Cronista.

¿COMPASION?

De despedida.....

—¡Centrall!... Centrall!... tin... tin... triin... oiga, centrall! vaya, *home*. Póngame con el cinco, cero, cero.

—¿Eh?

—Que ponga con el cinco, cero, cero...

—Bien.....

.....

—¿Con quién hablo?

—Con casa de Z., ¿está en casa Manolo?

—Sí, señorito: ¿qué deseaba?

—Dígale que se ponga al aparato.

—Bien, señorito: enseguida.... ¡Manolo! ven, que te llama Alberto.....

—¿Qué quieres, Alberto?

—Oyes: ¿sabes que se marcha el P. Ruiz?

—¿Quién te *lu* dijo?

—¡*Hom!* yo que *lu* sé: esta tarde vamos al Colegio a despedirnos de él, ¿quieres?

—¡*Home!* sí: bueno, tú vienes a buscarme.

—A las tres y media, eh?

—Sí.

Tin, tin..... Tiin.....

II

El reloj del Colegio marcaba en el horario las tres y media un caluroso día de verano, cuando sudando a mares con un calor asfixiante entraban en el pintoresco jardín que da acceso al colegio, dos niños de unos 12 años. Era el uno blanco de rostro, pelo corto castaño, voz atiplada: viste americana y pantalón azul-marino, blanca camisa planchada con escotado cuello piqué a la última moda, y completan su vestido sombrero de paja y calcetines blancos con zapatos negros. Se llama Alberto.

El otro, Manolo, algo más bajo, es morenito, bien lleno de carnes. Lleva chaqueta y pantalón azul-oscuro con rayas blancas, su imprescindible sortija en el anular de la mano izquierda, alfiler con la bandera española en la azulada corbata, ajustando el escote de su camisa, y calcetines y zapatos color amarillo crudo.

Al que fije la atención en aquellos dos muchachitos tan elegantes, de seguro que no menos le admirará su impecable pulcritud en el vestir, que su amena, y por lo que se traduce, interesante conversación.

—Oyes, y que le decimos?... (silencio)....

—*Home*, que venimos a despedirnos de él...

—Sí, pero *esu non ye ná*...

—¡*Home!* pues, ¿qué quiere le digamos?

—Qué *sí* yo!!!

III

El P. Ruiz en su cuarto, entregado a sus quehaceres ordinarios, bien lejos estaba de pensar en la visita que le aguardaba, cuando después de porfiar un rato, se decidieron a llamar a la puerta.

—Anda, llama tú...

¡Home! si pareces *bobu*; *¿ties mieu*, ¿qué? tan... tan...

—¡Entre!!!... ¡Adelante!!!...

—Abre, *home*; *¿non lu oyes*, que diz que entremos?...

—¡Holal señoritos; ¿qué os trae por aquí?

—*Na*: que nos han dicho que se va Vd., y venimos a despedirnos de Vd.

—¡Bien, muy bien por vuestra fina atención! No esperaba yo menos de vosotros. Muchas gracias.

Alberto que es un poco más tímido que Manolo, se lanza a preguntar al P. Ruiz, medio-quejándose:

—Padre; ¿porqué no se queda con nosotros?

A lo que Manolo, sin dar tiempo al Padre



Concierto angélico

a que respondiese, con un gesto graciosísimo y un tono de voz inimitable, respondió:

—¡Huy! *probino*; qué más quisiera él!....

De donde menos se piensa....

(Histórico)

¡Quién había de decir que Manolo sería uno de los que más iban a sentir la partida de su P. Inspector!

Las notas de Manolo, ya se sabía; habían de ser *uno* en todo, menos un *seis* cuando no era en conducta en el estudio, sería en deberes religiosos. Porque es de saber que la especialidad de Manolo consistía en no llegar a tiempo a misa; aunque él se defendía diciendo que sí había llegado a tiempo, pues había llegado al *Sanctus* o al *Alzar*. Y si, haciendo un esfuerzo sobrehumano, llegaba una semana puntual, ya aprovecharía la ocasión, en que creyéndose a salvo de las miradas de su P. Inspector, *arrearia un cosquis* a su vecino, pronto con todo a echarle a él mismo la culpa, si menester fuera: de modo que la conducta nunca o casi nunca fuese limpia. Así que las relaciones entre su P. Inspector y él, si bien de ordinario eran cordiales, fácilmente se agriaban, sobre todo los domingos y días de fiesta, llegando entonces a un grado de tirantez tal, que degeneraban en tormenta. La causa muy sencilla. Manolo lo explicaba diciendo: *ye* que me *tien* rabia, y claro! si *non faz* más que fijarse en mí, *¡hom?* y *¿cuando enreden* otros?...

Un día de verano se enteró que su P. Inspector se marchaba del Colegio, y vestido de punta en blanco, y armado de su *bice*, se encaminó al Colegio.

—Hermano: *¿ye* verdad que se va el P. Z.?

—Sí, Manolo.

—*Home*, *entós*, voy a su cuarto... Hasta luego.

—¡Tan, tan, tan!...

—¡Entre!

¡Home! Padre, si *dijérunme* que se va usted, *ye* verdad?...

—Sí, es verdad. Mejor para tí; así ya no te castigo.

—¡Home! sí, pero *siéntolu* más...

—¿De veras?

—¡Home! sí; *arréglume* bien con usted.

—¿Pues no decías que te tengo rabia?

—*Esu ye* a veces, cuando está uno *rabiau*, pero... que lo *sientu*, *home*, que lo *sientu*. Ande, *yéveme* a ver el Colegio, que nunca *lu* vi; y quiero estar con usted.

—¿Sabes que me extraña mucho todo esto?

Aguinaldo del soldado

He aquí lo que a una indicación del R. P. Rector reunieron en un periquete los alumnos del Colegio de la Inmaculada de Gijón:

Primera División.....	68,50 ptas.
Segunda División.....	103,90 »
Tercera División.....	33,60 »

TOTAL..... 206,00 ptas.



La huida a Egipto

—¡Ah! pensabe que non iba venir a despedirlu hom?

No, home no: ye que usted castigábame siempre los domingos y días de fiesta, y esu, claru, sabíame mal; pero siéntolu mucho que se vaya... ye de verdá!...

L. A. de Echenique.



SECCION RECREATIVA

En una droguería:

—¿Tiene usted espíritu de vino?

—Sí, señor.

—¿Y espíritu de romero?

—Sí, señor.

—¿Y espíritu de contradicción?

También tengo. Espérese un momento. (El dueño, dirigiéndose al dependiente). ¡Andrés, dile a mi suegra que baje.



En una librería. — La señora (hojeando una obra nueva).

—¿Supongo que este libro podrá leerlo una señorita?

El librero (en su afán de vender)

—¡Huy!... ¡Sí, señora!... ¡A ojos cerrados!



En una clase de anatomía:

—A ver, ¿quiere usted nombrarme los huesos del cráneo?



Los Santos Reyes.

—¿Los huesos del cráneo? Sí, señor. Los huesos... del cráneo... En este momento no los recuerdo, señor Profesor, pero los tengo todos en la cabeza.



Sección de actualidad.—Un reverendo Padre misionero estaba convidado a comer en una casa. En el momento de sentarse a la mesa, la señora se presentó con un vestido muy escotado, por lo cual el marido se creyó en el deber de dar alguna satisfacción al misionero.

—No importa, dijo éste, estoy acostumbrado. ¿No ve usted que he vivido siete años entre salvajes?

BIBLIOGRAFÍA

88.—«*La intimidad de María*». — Elevaciones dogmáticas por el R. P. Carlos Sauvé, S. S.— Versión de la última edición francesa, con un prólogo del P. Ramón Ruiz Amado, S. J.—Dos tomos de 316 y 288 páginas —En rústica, 8 pesetas; en tela 12.

Después de las alabanzas de su Santidad Pío X, en breve dirigido a su Autor, poco o nada queda que decir.. A la abundancia y pureza de doctrina hay que añadir el afecto con que el P. Sauvé en 27 elevaciones a modo de trataditos trata de los principales hechos de la vida de la Santísima Virgen, después de haberla colocado en la primera elevación en el sitio, que María ocupa en el plan divino.

Termina la obra con dos apéndices: el primero sobre la «unión con Jesús por María, y con María por Jesús», el segundo sobre «los Sacerdotes de María»,

Obra verdaderamente Mariana, que viene a acrecentar la Bibliografía sobre la Santísima Virgen llevando además el mérito de la profundidad Teológica: Obra digna de figurar al lado de la Teología Mariana del P. Jerónimo Seisdedos S. J. y de la aun no traducida al Castellano, que sepamos, del P. Terrien «*La Meré de Dieu et des hommes*».

Los sacerdotes y mariólogos hallarán en esta obra fuente copiosa para la predicación y los devotos de María riquísimo minero del que sacarán consuelos espirituales y nuevos estímulos para crecer en la devoción de Nuestra Señora, prenda segura de salvación.

89.—«*Desde la Cuna hasta la escuela*».—La madre en el hogar educando cristianamente a sus hijos, por el P. Pedro Aguilera, S. J.— Forma un elegante tomito de 220 páginas, tamaño $8 \frac{1}{2} \times 14$ centímetros, adornado con hermosa lámina y artística cubierta; su lectura es agradable e instructiva, utilísima a las madres. Precio: 1 pta. en rústica, 2, elegan-

temente encuadernado. T. C. Casals, Apartado, 776, Caspe, 108. Barcelona.

Es la 2.^a edición de la obra y en los XXI Capítulos que abarca, da su autor toda una serie de instrucciones pedagógicas, utilísimas y casi diremos necesarias para la completa y concienzuda educación del niño.

Es una obra que no debiera faltar en ningún hogar cristiano, sobre todo en aquellos que carecen de otros tratados de paidología más extensos, ya que por su brevedad y precio está al alcance de todas las familias.

90.—*Geografía*.—Atlas de las Misiones Católicas (según su estado al terminar el año 1923) por el P. Wenceslao García, S. J. Imprenta de Rafael J. de Aldecoa, Burgos. De venta en la «Procura de la Misión de Anking», Apartado, 77, Santander. Precio: 2,50 ptas.

Dar a conocer, al menos en sus líneas generales, el territorio en que la Iglesia Católica está actualmente desarrollando su acción civilizadora y *cristianizadora* es el elevado fin que el autor persigue en este libro.

Para conseguirlo, divide su trabajo en 12 capítulos, en los que después de algunas nociones preliminares, expone el estado de las Misiones Católicas en las diferentes partes del mundo, terminando con dos apéndices.

Aclara e ilustra la materia con 21 gráficos y 40 grabados de la vida misionera.

El estilo es cual conviene a un libro de esta índole; claro, sencillo y correcto. Es, pues, el que anunciamos un libro interesante, instructivo, ameno y altamente educador. Harían por eso muy bien los Profesores de Colegios Católicos, los Maestros de escuela, así nacionales como particulares, y los Directores de Congregaciones para jóvenes, divulgando entre sus discípulos y dirigidos esta hermosa obrita.

91.—*Catálogo de la Casa Luis Gili*.—Esta casa editorial nos ha enviado el catálogo de su fondo, que acaba de publicar, en el que hallamos anunciadas obras de capital importancia. Comprende las siguientes secciones: Ascética y Mística. Devocionarios.—Derecho, Ciencias políticas y sociales.—Filosofía.—Libros de premios.—Literatura amena.—Miscelánea científico-literaria y religiosa. Pedagogía y Educación.—Predicación y Oratoria Sagrada.—Religión y Apologética.—Teología, Derecho Canónico y Sagrada Escritura.—Vidas y Biografías.

Aquellos de nuestros lectores a quienes interese poseerlo pueden dirigirse a *D. Luis Gili, editor, Apartado 415, Barcelona, Córcega, 415.*